

Quizá mi humilde libro sirva de homenaje á la justicia, apartando de ese hombre, las apasionadas imputaciones que, con agravio hasta de la caridad, le hacen sin cesar sus encarnizados acusadores.

Ayudar á la historia de mi patria, y rendir homenaje á la justicia, son, pues, los fines que me he propuesto al escribir este libro.

Rafael L. Torres.

León, Noviembre de 1904.



PRIMERA PARTE.

CAIDA DE LA PLAZA DE QUERETARO.

I.

CÓMO FUÉ OCUPADA LA PLAZA DE QUERÉTARO.

MEXICO ardía en universal incendio.

De una parte la República, cuya bandera empuñaba el grande hombre, peregrino del Norte, de la otra el Imperio, importado á nuestro suelo en las bayonetas del pequeño Napoleón, luchaban en los campos de batalla.

Era cuestión de vida ó muerte aquella.

Miles de hombres de ambas partes habían sucumbido en la pelea; y sin embargo, se continuaba luchando.

Los dos, República é Imperio, se dieron cita en la plaza de Querétaro, como campo de honor, para decidir su suerte por medio de las armas. El vencido debía quedar allí tendido á los pies del vencedor.

Sitiada la plaza desde el 14 de Marzo de 1867, con estrechísimo cerco, por el ejército republicano, al mando del general Don Mariano Escobedo, con un efectivo de treinta y cinco mil soldados, y defendida por el imperialista, acaudillado por el mismo príncipe Maximiliano, llamado Emperador de México, fuerte de diez mil hombres al comenzar el sitio, y reducido en sus postrimerías, á sólo cuatro mil, se combatía con éxito vario, sin descanso, casi á diario, por una y por otra parte.

La situación, empero, de los ejércitos contendientes, era bien distinta: en el republicano abundaban los víveres y municiones, y aumentaba sin cesar el contingente de hombres que iban de todos los ámbitos de la República, á pelear por su

causa; en tanto que en el imperialista de todo se carecía: ni pan para los soldados, ni municiones para el combate; la disminución constante en sus filas, el hambre con todos sus horrores en el ejército, y en los pacíficos habitantes de la ciudad sitiada, al grado de haber llegado á ser exquisito manjar la carne de animales inmundos; la peste consiguiente á un sitio, segando vidas; y por doquier, la ruina y desolación. Y si la resistencia se había prolongado, era debido, sin duda, al espíritu levantado, al ingenio y al valor incuestionables de los generales imperialistas; nó á su jefe.

Tanta miseria y ruina tanta, determinaron al Archiduque á llegar á un desenlace. La cuestión militar había traspasado los límites de lo humanamente posible. Urgía llegar al término de la lucha, y fué por eso que el 14 de Mayo se verificó una junta de guerra de los jefes imperialistas, á la que concurrieron los generales Miguel Miramón, Tomás Mejía, Severo del Castillo y Manuel Ramírez Arellano.

Se discutieron las cuestiones del orden militar que había que resolver, y se tomó, por fin, una gran resolución: ella era así, copiada del dictámen rendido al Soberano: "Atacar desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, verificándolo en todos los puntos de su línea: si las tropas imperiales fueren rechazadas en este ataque, evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando primero la artillería y todos los trenes, y rompiendo después el sitio á todo trance, único medio de salvar de la barbarie del enemigo, el mayor número de soldados del ejército imperial." (1)

No es aquí la oportunidad de analizar el punto de si con un ejército de cuatro mil soldados, sin víveres, sin municiones, extenuado hasta el agotamiento á causa de tanto combatir, según el cuadro que de él trazan en el mismo informe los propios jefes de la junta, se hubiera podido derrotar en toda su línea, á un ejército de treinta y cinco mil hombres, reforzado constantemente, moralizado por sus recientes triunfos, y seguro de su superioridad sobre su enemigo. Sólo sí diré que en condiciones tales, creo que eso de la derrota de los sitiadores y la ruptura del sitio, se habría convertido en el más tremendo fracaso para los sitiados. Pero lo que si importa deducir de aquel informe, es la insostenibilidad de la situación militar, y la necesidad ineludible á que se había llegado, de desenlazarla ya, bien por una capitulación, extremo que la junta desechó, por creer que no debía tratar con un enemigo

(1) Reseña Histórica de la formación y operaciones del Cuerpo de Ejército del Norte, por el Sr. Juan de Dios Arias, pág. 223.

salvaje, como llamaba á los republicanos, bien por un hecho de armas, cuyo éxito, á la luz de todas las probabilidades humanas, habría sido terriblemente desastroso para los sitiados. Esta fué, empero, como hemos visto; la gran resolución que se tomó, no obstante los inmensos peligros que ofrecía su ejecución.

Pero mientras la junta de guerra tomaba tamaña resolución, otro hecho, cuyo conocimiento es el único objeto de este libro, se realizaba á la misma hora: el coronel imperialista Don Miguel López, había pasado, enviado dijo él por su Soberano, al campo republicano, y había celebrado con el general en jefe del ejército sitiador, un arreglo para que éste ocupara con sus tropas, el puesto militar del Convento de la Cruz, que es la llave de la ciudad sitiada, puesto que guarnecía con sus soldados el mismo coronel López. Hubo el arreglo, y quedó señalada entre ambos la madrugada del día siguiente, 15 de Mayo, para efectuar aquel movimiento.

A las tres de la madrugada de ese día, se realizaron, en efecto, con asombrosa rapidez los acontecimientos, que trajeron por consecuencia inmediata la rendición de la plaza, y la captura de todo el ejército imperialista, con su jefe y generales.

Ahora, para el objeto de este libro, creo conveniente narrar el modo como fué entregado por el coronel Don Miguel López, el punto de la Cruz, confiado á su cuidado, de la ocupación del cual por el enemigo, dependía inevitablemente, según el orden militar, la caída inmediata de la plaza.

Esta descripción es tanto más interesante, cuanto que ella servirá eficazmente para concordar ciertos hechos que expondré más adelante, íntimamente conexos á ese acontecimiento, los que, si refiriera aisladamente, sin el conocimiento previo de los detalles de aquel suceso, resultarían confusos y hasta incoherentes; y ella, por otra parte, nos dará á conocer algunos datos muy útiles para el examen analítico de la cuestión histórica que trata de dilucidar.

Ahora bien, todos los historiadores están conformes en el modo como fué entregado el puesto militar del Convento de la Cruz, por su jefe el coronel Don Miguel López, á las fuerzas sitiadoras republicanas, aunque en punto á detalles, unos son más explícitos que otros; pero á juicio del sabio historiógrafo Doctor Don Agustín Rivera, la más completa narración á ese respecto, es la hecha por el historiador vizcaino Don Niceto de Zamacois, hombre probo y laborioso, quien reuniendo diversos datos, escribió con gran acopio de detalles, el acontecimiento histórico de referencia.

Con la opinión, pues, de aquel eminente sabio, voy á seguir en este suceso al historiador Zamacois.

Dice así este autor: (1) "El individuo á quien el general en jefe republicano había confiado la empresa de hacerse dueño del punto, fué el general Don Francisco A. Vélez. Se pusieron á sus órdenes los excelentes batallones denominados *Supremos Poderes* y *Nuevo León*.

Se dirigió con las precauciones debidas, seguido del general Don Feliciano Chavarría, del joven coronel Don José Rincón (Gallardo), de Don Agustín Lozano, coronel también, así como otros jefes y de los batallones referidos, al sitio de que debía hacerse dueño, Eran como las dos de la madrugada, cuando guardado el mayor silencio posible y favorecido por la intensa obscuridad que reinaba, penetró en la huerta de la Cruz por la cañonera derecha de la barda izquierda, de que se había hecho retirar la pieza de artillería que allí había estado situada, por hacer parte de las que debían formar la batería de ataque en la salida que había proyectado verificar:—Una vez dentro de la fortaleza la tropa republicana, la ocupación de los diversos puntos de ella en que había alguna guardia, fué cosa que se ejecutó fácilmente. Nadie desconfiaba de Don Miguel López, y siendo además jefe de la línea, no podía llamar la atención de nadie que transitara en el interior del perímetro al frente de las tropas que se habían introducido, y mucho menos cuando no tenían motivos para sospechar que perteneciesen al ejército republicano.—Conducidos, pues, los batallones de "Supremos Poderes" y 'Nuevo León' por Don Miguel López, todas las guardias imperialistas fueron relevadas por fuerzas liberales, sin que aquellos maliciasen la más leve cosa, puesto que el relevo lo mandaba el mismo jefe encargado del punto.—Por la manera de que se valió para hacerse de la plataforma en que se hallaba el subteniente de artillería Don Alberto Hans, podrá el lector figurarse cómo se haría de los demás puntos de los parapetos, custodiados por cortas fuerzas que se juzgaban en el deber de obedecer sus órdenes.—La noche era bastante fresca y la obscuridad apenas permitía distinguir los objetos. El joven subteniente Don Alberto Hans, para vencer el sueño, según él mismo dice en una obra sobre los acontecimientos de Querétaro, se puso á pasear sobre la plataforma. Después, viendo que no tar-

(1) Págs. 1332 y siguientes de su *Historia General de México*. Transcribo aquí su narración, tal como la transcribió el Sr. Dr. Rivera en su notable obra, "Anales de la Reforma y el Segundo Imperio;" omitiendo las inútiles repeticiones á que fué muy dado aquel autor; señalando con puntos suspensivos, las frases omitidas.

daría mucho en amanecer, se sentó en la cureña de una pieza de á 8, embozándose en una manta, que en México tiene el nombre de zarape. De repente le pareció oír pasos de algunos que se dirigían rápidamente hácia la plataforma, y á poco se presentó á su vista el coronel Don Miguel López, á quien reconoció por su vistoso uniforme bordado de plata que usaba. El joven subteniente le saludó. Don Miguel López, mostrándole entonces la tropa que con él iba, le dijo con precipitación: "Aquí está un refuerzo de infantería; despierte V. inmediatamente á sus artilleros; mande V. retirar esta pieza de su tronera y oblicuela V. á su izquierda, pero pronto."—Don Alberto Hans, pensando que había llegado el momento de la salida, despertó inmediatamente á los artilleros; pero no habiéndose levantado el sargento Guzmán, que era anciano y estaba algo enfermo, con la prontitud que Don Miguel López anhelaba, le reprendió éste ásperamente hasta que le vió en pie. Entonces reiteró sus órdenes al subteniente Hans, y partió precipitadamente, dejando el pelotón de infantería que había llevado, el cual estaba mandado por un oficial.—El joven subteniente obedeció con puntualidad la orden recibida. Considerando que los sitiadores trataban de penetrar hácia la izquierda, como lo había indicado Don Miguel López, mandó agregar un bote de metralla á la carga que tenía ya en el cañón, y dió á éste la dirección requerida. Durante esta operación, la fuerza de infantería que había dejado Don Miguel López, se formó detrás de la pieza de artillería. Cuando terminado el trabajo de colocar el cañón, el subteniente Hans se iba á ceñir la espada que se había quitado para trabajar con más desembarazo, se encontró sin ella, así como sin sus carabinas los artilleros. No dudando que los soldados que había dejado Don Miguel López como refuerzo, fuesen los que habían hecho desaparecer aquellas armas, se acercó al oficial para reclamarlas. Al ver que este respondía vagamente y como tratando de esquivar toda conversación, le miró con cuidado y vió, no sólo que la fisonomía de él le era enteramente desconocida, sino que el traje de los soldados era muy descuidado. Sin embargo, pensó que aquella debía ser la 8ª ó 9ª compañía de uno de los batallones imperialistas; pero que para reponer en lo posible las pérdidas, se habían compuesto las dos últimas compañías de cada cuerpo, con reclutas de la ciudad y aun con prisioneros hechos á los sitiadores. Don Alberto Hans, extrañando á pesar de todo, el modo de obrar de aquella fuerza, le preguntó al oficial á qué cuerpo pertenecía, y le respondió con aplomo que formaba parte de la brigada Méndez. Como el joven subteniente de artillería había pette-

necido á la expresada brigada y no recordaba haber visto en ella á su interlocutor, conociendo que allí estaba pasando alguna cosa extraña, le suplicó dijera la verdadera causa de su presencia en su puesto. El interrogado le contestó que uno de los batallones que guarnecía la Cruz iba á sublevarse y á dejar penetrar á los republicanos en la plaza; pero que, por fortuna, la conspiración había traspirado, y se mandaba relevar todos los puntos con su cuerpo. Al escuchar esta noticia Don Alberto Hans trató de ir á hablar á Don Miguel López que, según el oficial le dijo, se hallaba en el punto del cementerio; pero en el momento de bajar de la plataforma, un centinela que él no había notado desde luego le detuvo, dándole el grito de: ¡Alto ahí! El subteniente Hans, comprendiendo que el centinela tenía la consigna de no dejar bajar á nadie, se dirigió al oficial á fin de obtener para él la revocación de aquella orden. El oficial eludió la respuesta. Instado éste por varias preguntas que le hizo el expresado subteniente Hans, le dijo al fin: "No tema V. nada, Señor; está entre soldados del ejército regular: no somos guerrilleros; pertenecemos al batallón de *Supremos Poderes* de la República."—El joven subteniente quedó aterrado; un frío glacial se apoderó de todo su cuerpo; le parecía estar soñando; los sitiadores estaban allí; eran dueños de la plaza. Asombrado de lo que veía y escuchaba, Don Alberto Hans preguntó al oficial republicano si el coronel Don Miguel López era quien lo había conducido allí. "Ciertamente, le respondió sonriendo el oficial; pero le repito á V. que nada tiene V. que temer, porque somos del ejército regular; no se le hará daño ninguno."—El joven subteniente se hallaba prisionero con la corta fuerza que mandaba, como se hallaban todos los jefes y oficiales que habían estado encargados de los puntos de la línea que mandaba Don Miguel López.—Para cada comandante de las guardias que llegó á relevar con las fuerzas republicanas, tenía un motivo diverso que exponer. Ya el lector ha visto lo que ordenó al subteniente Hans. Pues bien, al comandante del Panteón le dijo: "que un batallón del general Don Leonardo Márquez, burlando la vigilancia de los sitiadores, había penetrado en la plaza, y tropa de ese batallón era la que le seguía para relevar la empleada en aquellos puntos, que debía incorporarse al suyo, pues se iba á emprender un movimiento á la madrugada."—De esta manera fueron quedando prisioneros los defensores de la Cruz sin que se llegase á disparar un tiro, y con un silencio admirables.—Deseando Don Miguel López salvar al Emperador, como se había propuesto desde un principio, hizo llamar al teniente coronel Don Antonio Yablouski y le

ordenó que marchase prontamente al alojamiento de Maximiliano, situado en el claustro de la Cruz; le dijera que había sido sorprendido y hecho prisionero en la huerta de la Cruz, por las fuerzas republicanas que habían penetrado sorprendiendo la entrada por la barda de ella y que procurase ponerse en salvo. Eran entonces las tres de la mañana. Yablouski marchó á cumplir con el encargo que se le había hecho.—Sorprendidos la Cruz y el cementerio, las fuerzas republicanas procuraban hacerse dueñas con la mayor prontitud de todo el edificio, lo cual lograron fácilmente y sin ruido, puesto que iban guiados por Don Miguel López y protegidos por la obscuridad de la noche. El coronel republicano Don José Rincón Gallardo ocupó con su tropa las alturas del convento, las escaleras, los patios y todas las salidas, desarmando á la gendarmería, así como la compañía de ingenieros, al batallón del Emperador y á los voluntarios, antes de que despertasen completamente.—"Los republicanos, dice. . . . Hans en su obra sobre los acontecimientos de Querétaro, se echaron después, sin ruido, sobre la artillería formada en la plaza de la Cruz, y que esperaba el momento de ponerse en marcha para la salida del siguiente día. Se apoderaron también de la flecha que defendía la izquierda de la Cruz, de la iglesia contigua, de los trabajos de la derecha del hospital, de los almacenes del parque de artillería que se encontraban también de aquel lado. La corta reserva compuesta de una parte del 3º de línea, que descansaba en el patio de entrada y en los corredores del hospital, fué desarmada y hecha prisionera con la facilidad que se encuentra en todos los detalles de esta sorpresa, gracias á Don Miguel López que guiaba á los republicanos y daba las órdenes necesarias para prevenir ó impedir toda resistencia. Como nadie sospechaba ni comprendía lo que pasaba, no se disparó ni un solo tiro, ni se dió un grito de alarma, mientras que el cuartel general y sus anexos caían en poder de los republicanos, en medio de una calma fantástica."—En el momento en que las fuerzas republicanas estuvieron en posesión de la Cruz, que era el punto dominante y clave de la ciudad, que debía considerarse como la toma de Querétaro, el teniente coronel Yablouski, llegó al alojamiento del general imperialista Don Severo del Castillo, y despertándole inmediatamente, le dijo que los republicanos habían penetrado en la Cruz, y que procurase salvar al Emperador, á quien acababa de comunicar la misma alarmante noticia por medio de una de las personas de su servicio. Serían entonces las cuatro y media. La obscuridad era completa.—El primero que entró en la habitación de Maximiliano comunicándole lo que pasaba,

fué su secretario Don José L. Blasio. Pocos momentos después entró á comunicarle la misma noticia el teniente coronel Don Agustín Pradillo, que era su oficial de órdenes..... Pradillo, que había ido á cerciorarse por sí mismo de lo que pasaba y vió ocupado el edificio de la Cruz y tomadas las ocho piezas de artillería que estaban en la plazuela, puso en conocimiento del Soberano cuanto acababa de observar.—El príncipe de Salm Salm, á quien también había avisado Yablouski de lo que pasaba, diciendo que salvase al Emperador, entró en la habitación de éste, á donde había acudido igualmente.....Castillo.—Maximiliano tomó unos papeles importantes, dió una de sus pistolas á Pradillo, empuñó él la otra y acompañado de éste, del general Castillo, de..... Blasio y de..... Salm Salm, salió de su habitación á la puerta en la cual dijo..... "Salir de aquí á morir es el único camino."—Dichas estas palabras, atravesó el corredor, seguido de los cuatro individuos referidos.—Llevaba el Emperador su uniforme de general de división, pero iba cubierto con un sobretodo que se puso para resguardarse del frío de la mañana: el sombrero era de anchas alas, bordado de oro en su parte inferior, llamado en el país *jarano*. El general..... Castillo, así como el príncipe de Salm Salm y..... Pradillo iban de riguroso uniforme.—Al bajar la escalera encontraron en ella un centinela republicano del batallón de Supremos Poderes, que, tomando á Maximiliano por uno de los jefes del ejército liberal, no sólo por el sombrero que llevaba sino también por el desenfado con que se acercaba, echó armas al hombro, dejándole pasar, correspondiéndole el Emperador á aquel saludo. Maximiliano y los que con él iban continuaron su marcha, y en el patio que atravesaban se hallaron con una compañía del mismo batallón de Supremos Poderes..... Fuera ya del patio y al salir á la plazuela, se encontraron con otra fuerza, también republicana, que custodiaba allí la artillería. Maximiliano, amartillando su pistola dijo á los suyos: "Adelante," y siguió intrépido su marcha. A pocos pasos fueron alcanzados por algunos oficiales republicanos que les marcaron el alto; pero el Emperador, resuelto á arrostrar todos los peligros ó perecer, lejos de intimidarse y retroceder, preparó su pistola y repitió á sus cuatro adictos la palabra "Adelante." En esos momentos se interpusieron algunos soldados republicanos al paso de los cinco, rodeándoles para que se detuvieran. Don Miguel López, que se hallaba entre los oficiales que habían marcado el alto, se acercó á reconocer á los detenidos, y viendo que era el Emperador, á quien tenía empeño en salvar, dijo en alta voz á los soldados: "Esos Se-

ñores pueden pasar; son paisanos." Los soldados obedecieron, aunque los que habían sido detenidos vestían traje militar; y Maximiliano con sus cuatro leales servidores, continuó su marcha á paso acelerado. Al llegar al cuartel de la escolta del Emperador, éste le dijo á Pradillo: "Sería conveniente que me trajese mi caballo." Para obsequiar el deseo del Soberano..... Pradillo se separó de él, á fin de conducirle el corcel, y Maximiliano, seguido..... de Salm Salm, de Castillo y de Blasio, llegó hasta el palacio departamental, donde se detuvo.—Entretanto, el coronel republicano Don José Rincón Gallardo, después de haber dejado asegurada la posesión de la Cruz, y guiado siempre por Don Miguel López, se dirigió al centro de la plaza, al frente del batallón de *Nuevo León*. Como en el convento de San Francisco se hallaba el parque general de los imperialistas, y la posesión del punto era más importante, marchó á apoderarse de él y de la torre. Pronto se hizo dueño de ambas cosas; pues viendo el jefe de la división de artillería Don Félix Becerra que allí mandaba, que Don Miguel López acompañaba la fuerza, le dejó entrar sin desconfianza, siendo hecho prisionero en el acto con los soldados que tenía. No habían transcurrido más que algunos momentos, cuando la escolta imperial y el escuadrón de húsares austro-mexicanos pasaban por el mismo punto de San Francisco que acababa de caer en poder de los republicanos, para irse á incorporar con el Emperador en el cerro de las Campanas. Don Miguel López, que era su jefe directo, les mandó hacer alto y desmontar de sus caballos. Obedecida la orden sin desconfianza, hizo prisionero al capitán Paulowski y á sus oficiales, así como á los de la escolta imperial, y mandó á los soldados que depusieran sus armas que fueron recogidas inmediatamente por la tropa republicana. Igual cosa hizo con todos los destacamentos que encontró y que marchaban hacia el punto de reunión."—Pradillo llegó á los pocos instantes conduciendo el caballo del Soberano.—Casi en el mismo momento se presentó Don Miguel López montado en un excelente alazán..... El Emperador, le preguntó: "Qué es lo que pasa, coronel López?" Este interesado en que se pusiera en salvo, le contestó: "Señor todo está perdido; vea Vuestra Magestad la tropa enemiga que viene muy cerca"..... Maximiliano se dirigió al Cerro de las Campanas, á cuyo punto había encargado se citase á Mejía y á varios jefes de su ejército..... Cuando llegó, solo encontró en él ciento cuarenta hombres de infantería de que disponer. Poco después llegó el general Don Tomás Mejía con una corta fuerza de caballería. En seguida de él, y sucesivamente, fueron llegando los coro-